

# LIBRO TERCERO

## ARGUMENTO

*Los griegos y troyanos formalmente  
Proponen un tratado permanente.  
Páris y Menelao con gran brio  
Combaten por Elena en desafío,  
Y vencido el primero en la pelea,  
Le libra de la muerte Cítrea.*



PENAS á la voz de sus caudillos ordenadas las haces estuvieron, marcharon los Troyanos con ruidosa algarazara y confusa vocería, [dosa cual chilladoras aves. Tal resuena en la bóveda cóncava del cielo el clamor de las grullas que del frío huyen y de las lluvias invérnarles, volando por encima las corrientes del Oceano con inmenso ruido, y llevan á los débiles Pigmeos muerte y asolacion, y desde el aire les mueven cruda guerra. Los Aquivos, que valor respiraban en silencio iban; pero resueltos á ayudarse el uno al otro en la comun pelea.

Como en las cumbres de la sierra el Noto la niebla esparce, del pastor odiada y cómoda al ladrón más que la noche, y en la dudosa claridad no puede extenderse la vista á más distancia que una piedra lanzada con la mano; así bajo los piés de los guerreros que marchaban oscuro torbellino se levantó de polvo, y prontamente

la espaciosa llanura atravesaron.

Cuando Teucros y Aquivos en su marcha llegaron á encontrarse, y la pelea iban á comenzar, de los primeros Páris estaba al frente, en la hermosa semejanza á los Dioses. Las espaldas ancha piel de leopardo le cubría, y la espada y el arco retorcido pendían de los hombros. Y blandiendo dos astiles que en punta remataban de agudos hierros, á los más valientes de todos los Aquivos campeones á que con él á pelear salieran desafiaba en singular combate.

Así que el belicoso Menelao vió que Páris delante de las tropas en cadenciosos y arrogantes pasos venía, se alegró. Como el hambriento león se alegra si en los montes se halla corpulento animal, ó ya venado de altísima enramada cornamenta, ó ya cabra montés, y se detiene á devorar la presa, aunque le sigan ligeros canes y robustos mozos; así al ver el valiente Menelao

al lindo Páris, se alegró creyendo, tomar venganza del raptor injusto. Y sin quitarse las brillantes armas, desde el carro saltó sobre la arena.

Cuando vió Páris que animoso el Griego de la primer escuadra ya salía, sintió agitado el corazón latirle, y se ocultó en las filas de los suyos para evitar la muerte. Á la manera que al ver un caminante en la espesura del bosque umbrío verdinegra sierpe, atrás salta medroso, se retira, tiemblan todos sus miembros, tuerce el paso, y de mortal amarillez se cubren sus mejillas; así el hermoso Páris, al Atrida temiendo, por la escuadra se entró de los Troyanos valerosos. Y Héctor, al verlo, en injuriosas voces así al cobarde hermano reprendía;

«Funesto Páris, por la gran belleza  
»célebre solo y á mujeres dado!  
»Pérfido! Seductor! Pluguiera á Jove  
»que no hubieses nacido, ó al averno  
»antes bajaras de tener esposa!  
»Mucho yo lo quisiera, y más valdria  
»que ser la mofa de los hombres todos.  
»Mira ya cual se rien los Aquivos  
»de tí, cuando hasta ahora te creían  
»impávido adalid, viendo que tienes  
»tan gallarda persona. Pero fuerza  
»no hay en tí, ni valor. Si tan cobarde  
»naciste, ¿á qué los mares has corrido  
»en ligeros bajeles, y juntando  
»viagastes extranjerías, y trajiste,  
»siendo esposa y cuñada de dos Reyes  
»tan poderosos, de lejana tierra  
»linda mujer para que á tu buen padre,  
»á tu propia ciudad, y á todo el pueblo  
»tales daños causara, y algún día,  
»cuando los Griegos la hayan recobrado,  
»á ellos alegre, y de ignominia eterna  
»á tí deje cubierto? ¿Por qué ahora  
»no esperaste al valiente Menelao?  
»Cuán fuerte es el guerrero conocieras  
»á quien robaste la consorte amada.  
»No te hubieran valido, moribundo  
»al rodar en el polvo, ni la lira,  
»ni los dones de Vénus, ni el cabello,  
»ni la mucha belleza. Los Troyanos

»harto cobardes son; pues en castigo  
»de tu crimen, á todos tan funesto,  
»ya no te cubre túnica de piedra.»  
Así habló el héroe; respondióle Páris:

«Ya yo esperaba de tu parte, hermano,  
»tan dura reprension; porque inflexible  
»tu corazón es siempre. Como el hacha  
»que puesta en manos de robusto joven  
»el duro leño hiende, y el empuje  
»aumenta del obrero que afanoso  
»árboles corta para hacer navíos,  
»tan firme es de tu pecho la entereza;  
»mas no me echés en cara los amables  
»dones de Vénus. Renunciar no puede  
»el hombre á las ventajas que benignas  
»concederle quisieron las deidades,  
»ni el hacer la eleccion está en su mano.  
»Pero si ya deseas que animoso  
»haga en la lid de mi valor alarde,  
»haz detener á los demás Troyanos  
»y á todos los Aquivos, y en el medio  
»del uno y otro ejército al valiente  
»Menelao y á mi dejad que solos  
»en singular combate decidamos  
»quién de Elena y de todas sus alhajas  
»dueño ha de ser feliz. El que con vida  
»quedare y vencedor, la mujer tome  
»y todas sus riquezas, y á su casa  
»las lleve; y los demás en fiel tratado  
»perpétua paz os promete. Vosotros  
»habitando quedad la fértil Troya,  
»y ellos á Argos se vuelvan y á la Acaya.»

Así Páris habló; y Héctor, gozoso al escucharle, entre las dos escuadras se interpuso: y el asta por el medio empuñando, de Troya las falanges contuvo. Al verlo, los Aquivos todos la punta de las flechas dirigían á su pecho, y vibraban ya los dardos y las picas, y piedras le tiraban; más el primer caudillo de las tropas, Agamenon, les dijo en altas voces:

«Deteneos, Argivos! y los arcos  
»no dispareis, Aqueos! El ardido  
»Héctor parece que decir desea  
»útil palabra.» Obedecieron todos, dejaron de tirarle, y en profundo silencio quedó el campo, y Héctor dijo:  
«Oid, Troyanos y valientes Griegos,  
»lo que me dice Páris, que la causa



»ha sido de la guerra. Él os propone  
 »que todos los Aquivos y Troyanos  
 »dejen las armas sobre la alma tierra,  
 »y que en medio del campo que divide  
 »los ejércitos, él y Menelao,  
 »en muy reñida singular batalla,  
 »decidan quién de Elena y sus tesoros  
 »dueño ha de ser al fin; y él que con vida  
 »quedare y vencedor, la mujer tome  
 »y todas sus riquezas y á su casa  
 »las lleve, y los demás en fiel tratado  
 »paz y amistad se juren.» Así dijo,  
 y todos á su voz enmudecieron,  
 y ni osaban hablar. Adelantóse  
 á todos el valiente Menelao,  
 y alegre dijo en resonantes voces:

«Escuchadme tambien. Despedazaba  
 »grave dolor mi corazon; más creo  
 »que Griegos y Troyanos este dia  
 »amigos quedarán, despues que tantos  
 »males habeis sufrido en esta guerra  
 »que mi justa venganza y la perfidia  
 »de París encendieron. De nosotros  
 »aquél á quien la Parca ha destinado  
 »á morir, muera; los que vivos queden  
 »hagan luego la paz. Traed, oh Teucros,  
 »un cándido cordero y una parda  
 »cordera que ofrecer en sacrificio  
 »á la Tierra y al Sol, y otro cordero  
 »traeremos nosotros para Jove.  
 »De Príamo tambien la respetable  
 »persona venga, y el tratado jure:  
 »él mismo, porque infieles y perjuros  
 »son sus hijos. Así, ninguno osado  
 »será á violar la fe del juramento  
 »que á Júpiter hagamos. Inconstante  
 »siempre fué de los jóvenes el alma;  
 »pero si en los tratados interviene  
 »algun anciano, en cuenta lo futuro  
 »y lo pasado tiene al mismo tiempo,  
 »para que ventajosos igualmente  
 »á los dos pueblos sean.» Así dijo;  
 y los Teucros y Aqueos se alegraban,  
 esperando que en breve acabaria  
 la guerra asoladora. Y presurosos  
 en fila los bridones colocaron:  
 y saltando en la arena, y no distantes  
 uno estando del otro, y la armadura  
 quitándose, á su lado la pusieron;  
 y corto era el espacio que mediaba

entre los dos ejércitos. Á Troya  
 Héctor sus dos heraldos diligente  
 envió á que las víctimas trajeran  
 y á Príamo llamasen. Á Taltibio  
 el Rey Agamenon mandó que fuese  
 á las naves aquivas y un cordero  
 tomara de los suyos, y el heraldo  
 se encaminó á las naves presuroso.

Íris luego en figura de Laodice,  
 del poderoso Helicaon esposa,  
 un hijo de Antenor, y la más bella  
 de las hijas de Príamo, el aviso  
 á dar á Elena fué; y en su palacio  
 tejiendo la encontró cándida tela,  
 doble y ancha, en la cual entretrejía  
 muchos de los combates que los Teucros  
 y Aquivos por su causa sostuvieran  
 en la guerra crúel. Y colocada  
 á su lado la diosa, así la dijo:

«Ven, esposa de París, porque veas  
 »inesperados admirables hechos  
 »de los héroes aquivos y troyanos.  
 »Los que, no há mucho, sangüinosa guerra  
 »se hacian en el llano, y deseaban  
 »en hórridos combates destruirse,  
 »hicieron alto de repente ahora  
 »y la sangrienta lid han suspendido;  
 »y clavadas las picas en el suelo,  
 »están á los broqueles arrimados.  
 »Pero bien pronto en singular pelea  
 »por tí combatirán con luengas lanzas  
 »París y el belicoso Menelao,  
 »y la esposa serás del que venciere.»

Así hablando la diosa, la infundia  
 dentro del corazon dulce deseo  
 de su primer esposo y de su patria,  
 y de ver á sus padres: y al oirla  
 Elena, con un velo trasparente  
 cubierto el rostro, de su régio alcázar  
 salió con pasos presurosos, tiernas  
 lágrimas derramando. No iba sola;  
 que la siguieron dos de sus esclavas,  
 Etra, hija de Piteo, y la de hermosos  
 ojos Climene. Y á la puerta Escea  
 prontamente llegadas, reunidos  
 á Príamo y Timétes encontraron,  
 con Lampo, y Clitio, y Pantoó, y el fuerte  
 Hicetaon, á cuyo lado estaban  
 los sabios Antenor y Ucalegonte.  
 Estos claros varones, que del pueblo

eran los más ancianos, en la puerta  
 entónces se juntaran, y á las lides  
 por su edad no asistian; pero buenos  
 arengadores eran, parecidos  
 á las cigarras que en la selva umbría,  
 posadas en los árboles, esparcen  
 la penetrante voz. Tales de Troya  
 los Próceres estaban en la torre:  
 y así que vieron acercarse á Elena,  
 en voz baja uno al otro se decian:

«No llevemos á mal que los Troyanos  
 »y los Aqueos por mujer tan bella,  
 »hace diez años, los terribles males  
 »hayan sufrido de la guerra. Mucho  
 »en beldad á las diosas se parece.  
 »Mas por linda que sea, con los Griegos  
 »vuelva ya á su país, y para ruina  
 »de nosotros no quede y nuestros hijos.»

Miéntras ellos hablaban en secreto,  
 llamó Príamo á Elena por su nombre,  
 y así la dijo en paternal ternura:

«Acércate, hija mia, y á mi lado  
 »te asienta, porque veas á tu esposo  
 »y á tus deudos y amigos. Tú la culpa  
 »no tienes de mis males; son los Dioses  
 »los que á Ilion trajeron de los Dánaos  
 »la guerra lamentable. Mas ahora,  
 »¿cómo se llama, dime, aquel guerrero?  
 »¿Quién es aquel Aquivo alto de talla  
 »y tan hermoso? En estatura algunos  
 »no poco le aventajan; pero nunca  
 »tan apuesto varon mis ojos vieran,  
 »ni de faz tan augusta. En su talante  
 »parece ser un Rey.» La más hermosa  
 de las mujeres dijo: «Tu presencia  
 »veneracion me infunde, oh padre mio,  
 »y temor. Ojalá que yo la muerte  
 »más dolorosa preferido hubiera  
 »á mi loca pasion cuando en la nave  
 »con París vine á Troya, abandonando  
 »el tálamo nupcial, y mi familia,  
 »y mi niña de pecho, y numerosas  
 »dulces amigas de mi edad primera.  
 »Pero no de esta suerte las deidades  
 »lo dispusieron, y por eso triste  
 »llorando me consumo.—A tu pregunta  
 »satisfaré gustosa. Ese caudillo  
 »es el hijo de Atreo, el poderoso  
 »Agamenon, buen Rey, guerrero fuerte...  
 »y tambien mi cuñado, si este dia

»á mujer tan liviana es permitido  
 »recordar que lo fué.» Calló la hermosa:  
 y envidiando del Griego la ventura,  
 el anciano exclamó: «Feliz Atrida!  
 »en buen hora nacido! afortunado!  
 »Grande es la multitud de los Aqueos  
 »que á tu imperio obedecen. Cuando jóven  
 »estuve yo en la Frigia, y numerosas  
 »escuadras ví de Frigios que mandados  
 »por Otreo y Migdon á las orillas  
 »del Sangario acampaban; y con ellos  
 »al combate asistí como aliado,  
 »cuando las amazonas varoniles  
 »el país invadieron; pero entónces  
 »no eran tanto los Frigios, como ahora  
 »los valientes Aqueos.» El anciano  
 á Ulises vió despues, y dijo á Elena:

«¿Y quién es, hija mia, aquel guerrero,  
 »mucho más bajo al parecer que el hijo  
 »de Atreo, Agamenon, pero de espalda  
 »más anchurosa? Sobre la alma tierra  
 »yacen sus armas, y las filas todas  
 »recorre de los suyos, como suele  
 »en rebaño de cándidas ovejas  
 »el carnero correr; por eso ahora  
 »al lanudo carnero le comparo.»

La hija de Jove respondió: «Es Ulises,  
 »el hijo valeroso de Laertes,  
 »y criado en las ásperas montañas  
 »de Ítaca ha sido; y los ardides todos  
 »sagaz conoce, y cual varon prudente  
 »sabe tambien aconsejar.» El sabio  
 »Antenor añadió: «Verdad es mucha  
 »lo que dices, Elena; que otro tiempo,  
 »por causa tuya, embajador Ulises  
 »vino con el valiente Menelao,  
 »y yo los hospedé y en mi morada  
 »procuré agasajarlos, y el talento  
 »conocí de los dos y su carácter.—  
 »El dia que admitidos en la junta  
 »de los Troyanos fueron, cuando estaban  
 »en pié, sobresalia Menelao  
 »por su estatura; que del hombro arriba  
 »más alto era que Ulises. Mas apénas  
 »los dos héroes sus sillas ocuparon,  
 »varon más venerable parecía  
 »Ulises. Cuando luego sus discursos  
 »á tejer empezaron, y prudentes  
 »á explicarnos á todos el motivo  
 »de su venida, Menelao hablaba



»con rapidez, y poco, y oportuno,  
 »y sin error en nada, aunque más joven  
 »era que Ulises. Cuando ya el Atrida  
 »acabó de arengar, alzóse grave  
 »el hijo de Laertes, y los ojos  
 »fijos en tierra, sin alzar la vista,  
 »parado estaba y sin hablar; y el cetro  
 »ni adelante ni atrás movió; que inmóvil  
 »le tuvo cual si fuese un ignorante,  
 »y cualquiera diría que el enojo  
 »la razón le turbaba. Mas apenas  
 »en voz sonora del facundo pecho  
 »salieron sus palabras, semejantes  
 »en la abundancia á los espesos copos  
 »de la nieve invernal, hombre ninguno  
 »con él hubiera contendido. Entónces  
 »no ya tanto admirábamos de Ulises  
 »la venerable faz.» Viendo el anciano  
 á Ajax, á Elena preguntó de nuevo:  
 «¿Y quién es aquel héroe, alto de talla  
 »y de miembros fornido, que entre todos  
 »los Griegos sobresale, y el más alto  
 »al hombro no le llega?» De la vista  
 la hermosa Elena el anchuroso velo  
 apartando, le dijo: «Aquel es Ajax,  
 »gigante en la estatura, y de la Grecia  
 »antemural. Y allí entre los Cretenses,  
 »en belleza á los Dioses parecido,  
 »el Rey Idomeneo está parado,  
 »y en derredor los cabos de su hueste  
 »reunidos le cercan. En su alcázar  
 »le hospedó muchas veces Menelao,  
 »cuando á Esparta venía desde Creta.  
 »Veo también á los demás caudillos  
 »de las escuadras griegas, y podría  
 »desde aquí conocerlos y decirte  
 »su nombre, y sólo descubrir no puedo  
 »á dos muy valerosos capitanes:  
 »a Cástor, el mejor de los jinetes,  
 »y á Pólux, poderoso en la pelea  
 »del pugilato: y una madre misma  
 »nos dió el sér á los tres. ¡Ay infeliz!  
 »¿Será que en los bajeles no vinieron  
 »aquí desde la gran Lacedemonia;  
 »ó que habiendo venido, ya rehusan  
 »hallarse en las batallas, porque temen  
 »que de mi mucho deshonor les quepa  
 »á ellos alguna parte?» Así decía:  
 mas á aquellos dos héroes ya la tierra  
 ocultaba en su seno; que en su patria

murieran, en la gran Lacedemonia.

Entónces la ciudad los dos heraldos  
 atravesaban ya con los corderos  
 que ofrecerse debían á los Dioses,  
 y en un odre de cabra el dulce vino,  
 gozo del corazón y de la tierra  
 don precioso, llevaban; y el heraldo  
 Ideo urna brillante y copas de oro  
 para hacer las sagradas libaciones.  
 Y llegado del Rey á la presencia,  
 á que al campo bajase le animaba.

«Hijo de Laomedonte (le decía),  
 »los Próceres aquívos y troyanos  
 »que al campo bajas por mi voz te piden,  
 »para que allí se jure, degolladas  
 »estas víctimas ántes, una tregua.  
 »Páris y Menelao por la esposa  
 »solos combatirán con largas picas;  
 »seguirá la mujer con sus alhajas  
 »al que venciere; y los demás segura  
 »paz y amistad jurándose, nosotros  
 »habitemos en la fértil Troya,  
 »y los Aquivos á Árgos y á la Acaya  
 »retornarán en sus veleras naves.»

Al escuchar sus voces el anciano  
 se estremeció y á sus donceles dijo  
 que pusieran al carro los bridones.  
 Obedecieron: ocupó la silla  
 de la carroza el Rey, tomó en la diestra  
 y tiró atrás las bridas, y á su lado  
 subió luego Antenor. Y á la llanura  
 los dos, saliendo por la puerta Escea,  
 los veloces caballos dirigian.

Y cuando ya vinieran al paraje  
 en que estaban los Griegos y Troyanos,  
 á tierra desde el carro descendieron,  
 y con paso tardío á la pradera  
 que entre los dos ejércitos mediaba  
 se encaminaron. Levantóse al verlos  
 Agamenon, caudillo de las tropas;  
 se alzó Ulises también, y los heraldos,  
 las víctimas uniendo y en las urnas  
 el vino derramando, á los caudillos  
 la ablucion ofrecieron. El Atrida,  
 la daga desnudando que pendiente  
 llevaba al lado del agudo estoque,  
 breve mechón de lana á los corderos  
 cortó de la cabeza, y los heraldos  
 toda la repartieron á los Jefes  
 teucros y aquivos. Y el Atrida luego,

alzadas las dos manos, á los Dioses  
 dirigió en alta voz esta plegaria:

«Máximo padre Jove! Augusto númen  
 »que desde el Ida á la region de Troya  
 »presides y proteges! Sol, que todo  
 »lo ves y escuchas! Tierra! Rios! Dioses  
 »que en la oscura region á los mortales,  
 »que perjuros han sido, con severa  
 »justicia castigais cuando fallecen!  
 »testigos sed ahora y vengadores  
 »del juramento. Si la vida Páris  
 »quitaré á Menelao, el dueño sea  
 »de Elena y sus alhajas, y nosotros  
 »á la Grecia volvamos en las naves.  
 »Mas si á Páris el rubio Menelao  
 »la muerte diere, los Troyanos luego  
 »nos entreguen á Elena y sus tesoros  
 »y paguen á los Griegos un tributo  
 »que la ofensa repare, y continúen  
 »pagándole también los venideros.  
 »Y si el tributo Príamo y los hijos  
 »de Príamo pagarme no quisieren  
 »después de muerto Páris, combatiendo  
 »yo seguiré por el tributo solo,  
 »sin levantar el cerco hasta que logre  
 »ver acabada tan prolija guerra.»

Dijo, y cortó á las víctimas el cuello  
 con el hierro cruel; y palpitantes  
 sobre la tierra las soltó, privadas  
 del aliento vital. Y los caudillos  
 aqueos y troyanos, de las urnas  
 sacando el vino con las áureas copas,  
 la libacion hicieron, y á los Dioses  
 inmortales sus votos dirigian.  
 Y así también alguno de los Griegos  
 y los Troyanos en secreto dijo:  
 «Máximo Jove, tú que rodeado  
 »estás de eterna gloria! Dioses todos!  
 »hoy escuchad mi voz. *Del que primero*  
 »*la fe violando, la batalla empieza,*  
 »*los sesos, y también los de sus hijos,*  
 »*sean sobre la tierra derramados*  
 »*como ahora este vino, y en ajenos*  
 »*brazos se vean sus esposas caras.»*

Tal su plegaria fué; mas todavía  
 no era llegado el tiempo en que sus votos  
 oídos fuesen del Saturnio Jove.

Y el Rey Príamo dijo á las escuadras:

«Oid, Troyanos, y valientes Griegos!  
 »Yo vuelvo á la ciudad, porque mis ojos

»ver no podrían peleando á un hijo  
 »con tan fuerte adalid: el alto Jove  
 »es quien sabe, y los otros inmortales,  
 »cuál de los dos la Parca ha destinado  
 »á morir.» El anciano, apenas hubo  
 estas palabras dicho, los corderos  
 puso en el carro, y él montó y las riendas  
 tiró atrás. Antenor subió á su lado,  
 y de Troya siguieron el camino.

Héctor y Ulises á los dos rivales  
 midieron luego el campo de batalla:  
 y en un casco de bronce las dos suertes  
 echado habiendo, con ligera mano  
 las agitaban para ver la pica  
 quién de ellos el primero á su enemigo  
 arrojaría. En tanto las dos haces,  
 ambas manos al cielo levantadas,  
 sus votos á los Dioses dirigian;  
 y algunos de los Griegos y Troyanos  
 esta súplica hicieron: «Padre Jove,  
 »Máximo, Glorioso, que á esta tierra  
 »desde el Ida presides y defiendes!  
 »Danos que muerto á la region oscura  
 »aquel baje este día que de tantos  
 »males la causa ha sido, y que á nosotros  
 »la jurada amistad firme nos sea.»

Mientras esto decían, en el casco  
 las tristes suertes Héctor agitaba  
 apartando la vista; pero pronto  
 la de Páris saltó. Teucros y Aquivos  
 por hileras sus puestos ocuparon  
 donde tenían las brillantes armas,  
 el carro y los caballos corredores;  
 y Páris fué á vestirse la armadura.

Puso primero las bruñidas grevas  
 de las piernas en torno, y al tobillo  
 las ajustó con argentados broches.  
 Luego con la coraza de su hermano  
 Licaon, á su talle acomodada,  
 el pecho se ciñó; colgó del hombro  
 tajante espada de afilado bronce  
 y con clavos de plata enriquecida,  
 y una anchurosa y sólida rodela  
 al cuello suspendió. Después se puso  
 luciente yelmo en la cabeza hermosa;  
 y el gran penacho que de negras crines  
 de caballo el artífice formara,  
 en la cimera trémulo ondeando,  
 inspiraba terror. Robusta pica  
 empuñó, en fin, que manejar pudiese,